

## La paciencia del lector

### *Un monumento a la sombra de Mapiripán*

RICARDO COLMENARES M.

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2011, 259 págs.

TRAS TERMINAR la lectura de esta novela puede afirmarse que su principal defecto no es su estilo narrativo artificioso y desproporcionado, ni la incapacidad del autor para contar una historia memorable, imaginativa o al menos entretenida, sino la ausencia, bastante evidente, de un buen editor.

El libro, en resumen, narra el viaje que Inírida, su protagonista, realiza desde Alemania, donde reside, para indagar acerca de la improbable construcción, en algún lugar de los Llanos Orientales colombianos, de un monumento dedicado a la memoria de las víctimas de la masacre ocurrida en el municipio de Mapiripán (Meta), en 1997.

El proyecto de la obra conmemorativa, elaborado por Miguel Mora, fue enviado a una convocatoria del gobierno colombiano para “la construcción, en el plazo de un año, ... de un monumento apropiado y digno para recordar los hechos de la matanza” [págs. 67-68], en la que resultó ganador. Mora, padre de Inírida y también residente en Alemania, se pregunta acerca del destino de su proyecto e insta a la muchacha para que verifique si, en realidad, su construcción fue llevada a buen término.

Inírida, entonces, decide desplazarse a Colombia en compañía de su novio, Jürgen Habermas, quien abandona para ello su trabajo como traductor del poeta Pablo Neruda en una prestigiosa casa editorial. Al llegar a su destino la pareja se encuentra con Enrique Mora, médico pediatra y tío de Inírida, quien en adelante asume el papel de guía y consultor espiritual o, en palabras de su propio hermano, de “baquiano político-sociocultural” [pág. 203].

La visita de los tres personajes a un campamento de desplazados de la masacre precipita en Inírida un sentimiento de impotencia, desen-

canto e inutilidad sobre el propósito de su presencia en estas tierras: “¿Y si el bendito concurso propuesto por el Estado colombiano quiere ser la materialización de su poder sanguiinario, una suerte de monumento de advertencia?” [pág. 157].

Después de esta y numerosas reflexiones más, los viajeros olvidan, o desechan, o ambas, su propósito inicial y toman algunas decisiones apresuradas e inverosímiles: Habermas, ebrio y enfermo de fiebre, termina encaramado en la motocicleta del líder de una banda de delincuentes, en tanto que Inírida y su tío van tras la pista de los familiares de una niña asesinada durante la masacre, de la que apenas tienen referencia gracias a un acta de exhumación elaborada por el propio médico y a espaldas de los paramilitares de la región. Todos, pues, a la boca del lobo.

Este es el débil argumento que el lector debe sobrellevar a lo largo de las 259 páginas de una novela que jamás deja claro si su propósito es ofrecer al lector una reivindicación de las víctimas de los acontecimientos, una ficción memorable basada en un episodio tan espeluznante como reciente en la historia de Colombia o una interpretación lírica, e íntima, de la acción violenta en la psique de sus protagonistas.

Muy lejos está el relato, además, de recrear la ferocidad de los autores de la masacre, el horror de las víctimas, el abandono de sus deudos y la soledad del desplazamiento. Queda la impresión de que la mirada a esos brutales acontecimientos es temerosa, cauta, amparada por el lugar común, y que los artificios formales solo aparecen para encubrir el distanciamiento del autor con su eje narrativo más importante. ¿Por qué situarse, entonces, en Mapiripán? Cualquier otro lugar del planeta, o de la ficción, habría sido suficiente como escenario si el objetivo era poner a los personajes en una situación de peligro constante. Precisamente, ese estilo narrativo, su uso desmesurado de adjetivos, giros, artificios, redundancias y demás recursos retóricos, lejos de brindar color y expresividad a la anécdota o exuberancia a la descripción de hechos, lugares o personajes, entorpece el curso de la lectura, dificulta la comprensión de las

ideas y, después de varias páginas, se convierte en un desafío a la paciencia del lector.

Por ejemplo, en una de las escenas más dramáticas de la obra, Inírida escucha el desgarrado relato de Calamaría, una de las víctimas desplazadas por la masacre. Relata un narrador omnisciente:

Por contra, la negra desplazada de Mapiripán le evidenciaba la obturación de una revelación a punto de desciframiento, como aquel que dice. La refugiada le clavó la mirada derretida en los ojos suyos y estupefactos, y cuando se sintió segura, agarró las falanges de sus dedos oscuros y la lustrosa piel embolada se hizo fijación capilar y orgánica en la pervivencia de ese cuero germano venido de más lejos queriéndolo arrastrar al paisaje de la memoria. [pág. 125]

Miguel Mora, el padre de Inírida, caracterizado en el relato como un hombre de cierta cultura y verbo incansable, tampoco es ajeno a este devaneo estilístico, de él afirma su hija que es un “ser obcecado en ‘desvariar’ con el lenguaje” [pág. 12]. Esta característica, que podría dotar al personaje de cierta complejidad, termina siendo común a todos los personajes de la obra, sin distinción de edad, origen, nivel cultural o clase social. Así las cosas, un empleado de hotel abre la boca y sus diálogos o soliloquios: “-Nosotros no nos vamos a poner a refutarle sus abisales trasfondos del viaje” [pág. 49], son tan inverosímiles y ostentosos como los de Inírida: “-¡La fotografía como una forma de sacralización y compendio de la memoria en un ritual mediático e intangible!” [pág. 153]; el narrador omnisciente: “-Partieron raudos en la GMC mastodónica” [pág. 113]; el alemán Habermas: “-Enfoqué al pariente de Inírida como una suerte de personaje anacrónico, sentado a la mesa de una Última Cena digna de un ojo europeo” [pág. 105]; el tío Enrique: “-Recorre la hija de mi hermano mayor los territorios otrora hollados por las mesnadas Mora” [pág. 117] o el matón alemán del servicio de inmigración: “-Atrapados con las manos en la masa, y en el aceite de freír, y en los hervores de las ollas” [pág. 19].

Es posible adivinar lo que suce-

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>de cuando dos de estos personajes se encuentran en algún lugar de la novela. Sobreviene, desde luego, un diálogo monocorde y tedioso, un intercambio de ideas sin diversidad alguna. Los personajes del universo de Colmenares pronuncian sus palabras con el mismo tono, con la misma retórica, con la misma tendencia a la tautología; siempre uniformes y homogéneos.</p> <p>Esperaría el lector, al menos, un indicio, o una ley propia de este universo ficticio, para el uso deliberado de la uniformidad tonal como técnica narrativa. Al menos, un guiño que le hiciera percatarse de que, detrás de la aparente incoherencia con el lenguaje de todos los personajes, existe una trama secreta que le brindaría riqueza al relato. Sin embargo, en <i>Un monumento a la sombra de Mapiripán</i>, tal indicio o guiño o ley no existe.</p> <p>Esta es otra razón para que las fisuras narrativas de la novela se revelen y el universo que el autor pretende crear con su relato, sus personajes, escenas, espacios y anécdotas se desplomen ante un lector que ya sabe que está leyendo una mentira, pero mal contada y poco persuasiva.</p> <p>Como toda la preocupación recae en la forma de narrar la historia, la construcción de los personajes resulta descuidada e insuficiente. Los protagonistas, además de su propensión al circunloquio, no poseen el vigor ni el carácter suficiente para resultar memorables o generar atracción al lector. El autor, además de desperdiciar por completo la posibilidad de definirlos, de construirlos, a partir de un lenguaje y expresión propios, tampoco ha logrado en ellos un solo esbozo de personalidad, de riqueza o de intensidad. Estos individuos gravitan sin voz por la novela, apocados por su lenguaje repetitivo, sus escenas planas y su atmósfera sin complejidad.</p> <p>Ni siquiera los personajes ‘colectivos’, como los paramilitares que de vez en cuando asoman en el relato para amenazar la integridad de los protagonistas, resultan convincentes o, al menos, con algo de colorido.</p> <p>Cuatro grandes capítulos, además de una introducción (a manera de remembranza de los primeros años del padre de la protagonista en Alemania) integran la estructura de la obra que,</p>	<p>al igual que el resto de sus componentes, falla en su intención y arquitectura. Los capítulos tienen todos el mismo título equívoco, redactado entre exclamación y pregunta: “¡Inírida qué va a cantar!”. ¿Con qué intención, manifiesta o subyacente? Lo sabe el autor, y quizá, también, su editor.</p> <p>Por cierto, el buen editor que hizo falta en esta novela no es el mismo que aparece en algunos apartes, encarnado en notas al pie que contienen la definición de algún colombianismo o intentan orientar al lector en la comprensión de cierto pasaje del texto. Este es un recurso del que se ha valido el autor para brindar verosimilitud a su narración, aunque muy en vano: el lector se percata de que el editor de marras se expresa igual que el resto de los personajes, con la misma prosa ilegible y tediosa.</p> <p>Es clara la carencia de un editor con cierta idea, capaz de orientar la historia y los recursos formales del autor hacia la creación de una novela que defina sus propias leyes –así sean increíbles– y de encontrar un fuerte sustento en ellas. Que sugiera la construcción de personajes sólidos, complejos, o al menos con una voz propia. Un editor, en suma, que ahuyente la sensación que queda después de leer estas páginas: que se trata del primer borrador de una novela, con todas sus desproporciones estilísticas, cabos sueltos, ideas ingenuas, anécdotas superficiales, argumento escaso y demasiado trabajo por delante; o que simplemente se abstenga de publicarlas.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Soler</b></p>	